

# SUSAN WIGGS



Crónicas de Lakeshore 4

*Juntos en el  
lago*

Sophie Bellamy, abogada especializada en derecho internacional, había dedicado su vida a ayudar a las víctimas de países en guerra. Pero tras sobrevivir a un intento de secuestro, comprendió que lo que realmente le importaba era poder estar con sus hijos. Perseguida por el arrepentimiento, regresó a Avalon, un pueblo idílico situado a orillas del lago Willow, decidida a recomponer los lazos familiares.

Allí, Sophie descubrió los sorprendentes beneficios de vivir rodeada de nieve, entre ellos, una inesperada pasión por Noah Shepherd, el veterinario de Avalon. Noah tenía un don especial para los animales, pero nunca había tenido suerte con las mujeres... Hasta que Sophie llegó a su vida.

# PRIMERA PARTE

## Febrero

### EFFECTO LAGO

*CADA invierno, cuando el frío aire del ártico barre América del Norte, se levantan tormentas de nieve a lo largo de las orillas de los lagos. Durante estas precipitaciones a las que se conoce como ventiscas provocadas por el efecto lago, se acumula una enorme cantidad de nieve en zonas relativamente pequeñas. Con frecuencia, mientras una de estas tormentas golpea una determinada zona, no muy lejos de allí se puede disfrutar de un cielo soleado y sin nubes.*

# Uno

## *Avalon, condado de Ulster, Nueva York*

TODAS y cada una de las emisoras que sintonizaba la radio de la camioneta de Noah Shepherd advertían de forma incesante sobre lo mismo: el Servicio Meteorológico Nacional había anunciado una borrasca propicia para la formación de una tormenta desencadenada por el efecto lago. Las autoridades aconsejaban que todo el mundo permaneciera aquella noche en sus casas para que las carreteras estuvieran despejadas y a disposición de los vehículos de urgencias. El aeropuerto del condado llevaba dos horas cerrado e incluso las máquinas quitanieves más potentes tenían problemas para desplazarse por la autopista. Solo un loco o un imprudente podía estar en la carretera en un momento como aquel.

Bueno, un loco, un imprudente o un veterinario. A Noah le habría gustado que el limpiaparabrisas fuera más rápido. La nieve que cubría el parabrisas comenzaba a helarse, formando una sólida capa blanca. Apenas podía decir si estaba o no en la carretera.

Las leyendas decían que cuando se producía el efecto lago, se desencadenaba la magia. Pero si aquello tenía algo de mágico, Noah prefería enfrentarse a la realidad.

Debería haber aceptado el ofrecimiento de los Osmond. Después de que ayudara a parir a su yegua, le habían invitado a quedarse en su casa a pasar la noche y esperar a que amainara la tormenta. Pero por lo que decían los informes meteorológicos, la borrasca tardaría días en alejarse y era incluso posible que la tormenta empeorara. Además, tenía en la clínica al perro de los Palmquit, a un

gato recuperándose de una operación de la columna vertebral y a sus propios animales, que en aquel momento incluían a un cachorro abandonado. Sabía que siempre podía llamar a Gayle, su vecina, para que les echara un vistazo, pero no le gustaba molestarla. Con su marido al otro lado del océano y tres hijos a su cargo, lo último que necesitaba Gayle era tener que pasar por la clínica para ver cómo andaban sus pacientes.

Además, tenía la bata y los pantalones de veterinario llenos de sangre y fluidos y necesitaba desesperadamente una ducha. Llevaba puesto su gorro favorito: un gorro de lana con orejeras. Pertenecía a su «fase de panoli», como había dicho una de sus ex novias. Noah tenía un buen número de ex novias. Las mujeres de su edad no solían aspirar a vivir con un veterinario rural.

Se inclinó hacia delante y miró con los ojos entrecerrados la carretera. Iluminados por los faros, los copos de nieve parecían volar directamente hacia él, como si se tratara de los efectos especiales de una película. Pensó en *La Guerra de las Galaxias*, en el momento en el que el Halcón Milenario volaba a toda velocidad. Y aquel pensamiento, por supuesto, le animó a silbar entre dientes la banda sonora de *La Guerra de las Galaxias*. Aburrido de aquella lenta conducción, imaginó que el parabrisas era una ventana a una galaxia muy, muy lejana. Él era Han Solo y los copos de nieve, las estrellas. Le dio las órdenes precisas a su copiloto, que se animó al oír la voz de su amo.

—Prepárate para acelerar, Chewie. ¿Has oído? Acelera.

*Rudy*, completamente mudo en su asiento, jadeó en respuesta, cubriendo de vaho la ventanilla.

Daphne, la última novia de Noah, solía acusarle de comportarse como un niño que no quería crecer. Y Noah, con la sutilidad de un martillo neumático, había sugerido medio

en broma que podían hacer unos cuantos niños entre los dos para que así tuviera a alguien con quien jugar.

Aquella había sido la última vez que había visto a Daphne.

Sí, se le daban realmente bien las mujeres. No le extrañaba que trabajara exclusivamente con animales.

—General Kenobi, objetivo a la vista. Un detonador térmico —dijo.

Imaginó entonces una esclava galáctica enfundada en un bikini formado de cadenas. Ojalá el universo le enviara a alguien así.

Cambió entonces su tono para decir con voz de barítono y un pésimo acento inglés:

—Confío en que encuentres lo que buscas. Y...

Vio una sombra en la carretera, justo delante de él. Giró el volante y aflojó la presión sobre el acelerador. La camioneta patinó en el hielo. *Rudy* escarbaba desesperadamente en el asiento, intentando mantenerse erguido. En medio de la carretera apareció un ciervo de ojos enormes, mostrando las costillas a través de su espeso abrigo invernal.

Noah se inclinó sobre el volante. El ciervo se puso inmediatamente en acción, cruzó la carretera, saltó la cuneta y desapareció en la oscuridad. El invierno era la peor época del año para los animales del bosque. Era la estación del hambre.

La radio continuaba emitiendo partes meteorológicos y Noah la apagó.

Ya estaba casi en casa. No veía nada que pudiera indicárselo, era solo la sensación de estar cerca de su hogar. Además de en la residencia de la facultad de veterinaria de Cornell, no había vivido nunca en ningún otro lugar. Se suponía que cada buzón de aquellas casas debería estar señalizado por una columna de cemento, pero era tan fuerte la ventisca que tanto los buzones como las columnas habían terminado enterrados en la nieve. De modo que presentía, más que veía, el lago Willow, que permanecía a su

izquierda. El lago Willow era el más hermoso del condado, una belleza natural rodeada de la vida salvaje de Catskill. En aquel momento era imposible reconocerlo tras la espesa columna de nieve que se acumulaba en la cuneta. La casa de Noah estaba enfrente de la carretera del lago, en un alto. A lo largo del borde del lago, había varias cabañas de veraneo que solían estar vacías en invierno.

—General Azkanabi, necesitamos refuerzos —dijo, mientras la música iba aumentando de volumen en su mente—. ¡Necesito que me envíen a alguien inmediatamente!

En ese instante vio... algo. Un resplandor rojo entre la nieve. Dejó de silbar. Levantó el pie del acelerador y mantuvo los ojos fijos en aquel resplandor rojizo que al cabo de un rato se convirtió en una luz. Sí, eran las luces traseras de un coche que parecía haber quedado atascado en la nieve.

Paró en medio de la carretera; el coche todavía estaba en marcha. Podía ver salir el humo del tubo de escape. Las luces traseras cobraban un aspecto misterioso en medio de la noche. Uno de los faros delanteros estaba enterrado en un banco de nieve. El otro iluminaba al ciervo con el que había chocado aquel vehículo.

—No te muevas de ahí —le ordenó Noah a *Rudy*. Agarró su maletín, en el que llevaba suficiente sedante como para relajar a un ciervo, encendió la linterna y salió a aquella noche de tormenta. La nieve volaba a su alrededor y el viento aullaba y se clavaba en su rostro como si estuviera formado por cuchillas de hielo. Corrió hacia el coche y miró a su ocupante por la ventanilla. Era una mujer que parecía tener problemas con el teléfono móvil.

La mujer bajó la ventanilla en cuanto llegó.

—Menos mal que ha llegado —dijo, y salió del coche.

No iba en absoluto vestida para aquel tiempo, eso era evidente. Llevaba un abrigo de diseño elegante y unas botas de cuero de tacón alto y finísimo. No llevaba sombrero, ni guantes. El viento azotaba su rubia melena, ocultando parcialmente su rostro.

—Ha llegado muy rápido —gritó.

Noah imaginó que pensaba que era alguien enviado por el servicio de ayuda en carretera o del departamento de autopistas. No había tiempo para explicaciones.

Ella pareció compartir su urgencia, pues le agarró de la manga y le llevó a la parte delantera del coche, tambaleándose sobre sus botas.

—Por favor —dijo nerviosa—. No puedo creer que me haya pasado algo así. ¿Cree que podrá salvarle?

Noah iluminó al animal con el frontal. No era el ciervo con el que se había encontrado minutos antes, sino un ciervo con un cuerno roto. Tenía los ojos vidriosos y jadeaba de una forma que Noah identificó al instante: aquella era la respiración de un animal en estado de *shock*. No vio sangre, pero en muchas ocasiones, eran las heridas internas las que acababan con la vida de un animal después de un choque.

Maldita fuera. Odiaba tener que matar a un animal. Sencillamente, lo odiaba.

—Por favor —le suplicó la mujer—, tiene que salvarlo.

—Aguante esto.

Sacó una linterna de su maletín y se la tendió. Él se sentó al lado del animal y emitió unos sonidos guturales con los que pretendía tranquilizarle.

—Tranquilo, amigo.

Se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de su parka para palpar el vientre del animal. No encontró ninguna marca, ningún fluido. Tampoco nada inusualmente blando o caliente. A lo mejor...

Sin previa advertencia, el animal comenzó a sacudir las patas traseras buscando un punto de apoyo para levantarse. Noah recibió un duro golpe en el brazo y retrocedió. El ciervo se levantó y saltó sobre el banco de nieve. Noah se colocó instintivamente delante de la mujer, para protegerla de los cascos del animal mientras este corría hacia el bosque.



—¡No le he matado! —exclamó la mujer—. ¡Le ha salvado!

No, pensó Noah, aunque seguramente el efecto había sido impresionante: el ciervo se había levantado en cuanto le había puesto las manos encima. No quiso decírselo a ella, pero todavía había muchas posibilidades de que el animal cayera en alguna parte en medio del bosque y terminara muriendo.

Apagó la luz del frontal y se enderezó. La luz de la linterna iluminó su rostro, cegándole por completo. Cuando parpadeó, la mujer bajó la linterna.

—Lo siento.

Noah se puso los guantes y le preguntó:

—¿Hacia dónde se dirigía?

—Iba hacia la casa de los Wilson, ¿sabe dónde está?

Noah entrecerró los ojos, intentando orientarse. Sí, aquella mujer se había salido de la carretera justo a la altura del camino de acceso a su casa.

—Avance unos cuantos metros hacia el lago y ya estará allí. Puedo llevarla si quiere.

—Gracias.

Los copos de nieve cubrían sus pestañas y parpadeó para apartarlas. Noah se fijó entonces en su rostro, sorprendentemente bonito, aunque pálido y tenso también.

—Voy a por mis cosas.

La mujer le devolvió la linterna y sacó de su coche un bolso, una enorme bolsa y una maleta con ruedas con numerosas tarjetas de diferentes compañías aéreas. Bajo el resplandor de la linterna, Noah consiguió ver algunas palabras escritas en una lengua extranjera. ¿Gravenhage? No tenía la menor idea de lo que era eso. Había también una tarjeta con un sello oficial del Departamento de Estado o algo parecido. Vaya, pensó. Aquella mujer era todo un misterio.

Apagó el motor y las luces del coche.

—Supongo que ahora no podemos hacer nada con el coche —dijo.

—No, por lo menos esta noche.

—Llevo algunas maletas más en el maletero. ¿Cree que puedo dejarlas allí?

—No creo que esta sea la mejor noche para un ladrón —Noah se dirigió hacia su camioneta y abrió la puerta de pasajeros—. Atrás —le ordenó a *Rudy* y el perro saltó inmediatamente al asiento trasero.

La mujer vaciló un instante. Se abrazó a su bolso y le miró fijamente. Incluso bajo la tenue luz del interior de la cabina, Noah pudo advertir que tenía los ojos azules. Y que había dejado de mirarle como si fuera el «hombre que susurraba a los ciervos» para mirarle como si fuera el psicópata del hacha.

—Me está mirando como si fuera un asesino.

—¿Y cómo puedo estar segura de que no lo es?

—Me llamo Noah Shepherd —se presentó—. Vivo justo allí. Ese es el camino de la entrada de mi casa —señaló.

El camino subía hacia una casa flanqueada de pinos cubiertos en aquel momento de nieve. El resplandor de una de las ventanas y la luz del porche creaban una brumosa aura dorada alrededor de la puerta principal. La entrada a la clínica, la residencia canina y los establos estaban a la izquierda, pero apenas se distinguían las luces de seguridad.

La mujer se detuvo y se mordió el labio.

—Incluso los asesinos viven en alguna parte.

—Exacto. En ese caso, ¿cómo puedo estar seguro de que usted no es una asesina?

La mujer no se dejó alterar por la pregunta.

—No puede saberlo —respondió, y se metió en la camioneta.

Mientras rodeaba el vehículo para sentarse tras el asiento del conductor, Noah se preguntó si habrían comenzado a actuar fuerzas extrañas. Él jamás había pensado en ese ti-

po de cosas, pero, ¿acaso no acababa de desear encontrarse con alguien? ¿Le estaría escuchando por fin el universo?

Por supuesto, no tenía ninguna información sobre aquella pasajera inesperada. Y como ella misma había señalado, ni siquiera sabía si era o no la asesina del hacha.

Pero no le importaba. Era una mujer preciosa y estaba sentada en su camioneta.

Esperaba que el olor a humedad del perro no le molestara demasiado. «No lo echés todo a perder», se advirtió a sí mismo mientras se sentaba tras el volante. Intentaría no dar ningún paso en falso. Todavía no sabía si su compañera de viaje estaba casada, era lesbiana, estaba comprometida o era una psicópata. De lo único que estaba seguro era de que...

—Maldita sea —exclamó sin poder evitarlo—. ¿Por qué no me había dicho que estaba herida?

Agarró la linterna, la iluminó y siguió con la linterna la sangre que brotaba a la altura de su rodilla, empapando los pantalones.

La mujer emitió un sonido con la garganta. Parecía tan asustada que Noah se encogió por dentro. Vio después que comenzaba a temblar y a jadear como si le costara respirar. Dijo algo en un idioma extranjero, un dialecto alemán, quizá. Sonaba como una oración. Alzó la mirada hacia él con un miedo salvaje, como si estuviera viviendo la peor de sus pesadillas.

—Eh, no tiene por qué asustarse —intentó tranquilizarla Noah.

Pero para entonces, ella ya parecía estar muy lejos de allí. Como si el pánico la hubiera arrastrado hasta otro lugar. Casi inmediatamente, se derrumbó contra el asiento e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Eh —volvió a decir Noah, más alto en aquella ocasión.

¿Se había desmayado? Noah se quitó el guante y buscó su carótida para tomarle el pulso. Continuaba viva, gracias

a Dios.

—Vamos, señorita —la urgió, posando la mano en su mejilla—. Despiértese.

Tras él, *Rudy* intentaba escarbar en el asiento y aullaba. Probablemente había percibido el olor del miedo y la sangre. Se detuvo después, echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Eso le enseñaría, pensó Noah. Cuando había pedido a las estrellas que le enviaran a alguien, debería haber sido más específico. Debería haber pedido una *miss* y no una extranjera desquiciada que se desmayaba al ver su propia sangre.

Por lo que Noah podía deducir, aquello era una pérdida de conciencia provocada por la herida, el miedo y la ansiedad. En los animales a veces era un mecanismo de defensa. En los humanos, no estaba muy seguro de qué podía significar. Pero significara lo que significara, tenía que tomarle la tensión y vigilar la herida.

Se aseguró de que la camioneta tuviera activada la tracción a las cuatro ruedas y giró hacia el camino de su casa. Pasó por delante de la casa para llegar al siguiente edificio, donde tenía la clínica. Aquella propiedad había sido en otro tiempo la granja de su familia. Cuando tres años atrás había terminado sus estudios, había decidido convertirla en una clínica veterinaria.

Salió de la camioneta y le hizo un gesto a *Rudy*. El chuco saltó con agilidad por encima del asiento delantero, salió y corrió por los campos nevados. Era evidente que estaba deseando huir de aquella desconocida.

Noah salió y abrió la puerta del asiento de pasajeros.

—¿Señorita? ¿Puede oírme?

La mujer seguía sin responder. Noah volvió a tomarle el pulso y la sacó de la camioneta con torpeza, tambaleándose sobre la nieve, que le cubría hasta las rodillas. No era una mujer alta, pero no era fácil cargar con un peso muerto. Abrió la puerta de la clínica con el hombro, entró y se detuvo para desactivar el sistema de alarma, todo ello sin

dejar caer a su paciente. Después cruzó la zona de recepción para dirigirse a la sala de exploración y dejó a la mujer sobre una camilla de acero inoxidable. Aunque no estaba diseñada para seres humanos, era lo único que tenía.

—Señorita —volvió a decirle.

Maldita fuera. Se preguntó si tendría que aplicarle la técnica de reanimación cardiopulmonar.

—Vamos, vamos —insistió mientras le colocaba una máscara de oxígeno.

La máscara era para hocicos, no para bocas, pero presionando con fuerza, consiguió que cumpliera su función.

La desconocida abrió los ojos. Una vez despierta, comenzó a retorcerse y a gritar.

Noah retrocedió con las manos en alto.

—Tranquila, tranquila, ¿de acuerdo? —le suplicó, pensando en el sedante que tenía en el maletín.

Se preguntó qué diría su inesperada paciente si le pidiera que no le obligara a inyectarle un sedante para caballos. No, no era una buena idea. Pero no tenía la menor idea de lo que debía hacer. ¿Debería tocarla? ¿Intentar tranquilizarla? ¿Echarle agua en la cara? Definitivamente, tenía que tranquilizarla.

—Señorita... —posó la mano en su muñeca con intención de tomarle el pulso.

Gran error. La mujer retrocedió como si le hubiera quemado. Se puso de rodillas sobre la camilla y le miró como si tuviera frente a ella a Jack el Destripador.

—Señorita... —repitió Noah, plantándose ante ella para evitar que se cayera en el caso de que volviera a desmayarse—, se pondrá bien, se lo prometo. Por favor, míreme, estoy en condiciones de ayudarla, pero tiene que intentar tranquilizarse.

Por fin pareció asimilar sus palabras. Noah advirtió que el miedo desaparecía de sus ojos mientras tomaba aire, haciendo un visible esfuerzo por calmarse.

—Eh —le dijo, resistiendo la necesidad de tomarle la mano—, tranquilícese, todo va a salir bien —utilizaba su tono más tranquilizador, el mismo que usaba para apaciguar a los gatos más salvajes y a las mofetas furiosas—. Estamos en una clínica —era preferible que decirle que era un veterinario—. Necesito asegurarme de que está bien. Le prometo que es lo único que quiero.

La mujer comenzó a temblar. Tenía el rostro tan blanco como la luna.

—Sí —contestó—, no sé lo que me ha pasado.

—Supongo que lo que ha experimentado es un síncope vasovagal. En un lenguaje más accesible, se ha desmayado al ver la sangre. También hay algún tipo de trauma físico, de modo que necesito hacerle algunas preguntas y tomarle la presión y el pulso.

En aquella ocasión, pareció comprenderle. Noah se atrevió entonces a tomarla por la barbilla y observar sus pupilas. Su piel tenía la suavidad del terciopelo, pero estaba helada y húmeda. Noah advirtió el esfuerzo que estaba haciendo para no temblar, distinguió la resolución en su rostro.

—Lo siento —dijo ella con voz trémula—. Ha sido imperdonable.

Cuadró los hombros y alzó la barbilla. Pareció ganar confianza. Fue como si de pronto se hubiera convertido en una persona diferente. La víctima asustada había desaparecido y en su lugar había una mujer segura y controlada, aunque continuaba temblando de forma visible.

—No tiene por qué disculparse. A mucha gente le asusta su propia sangre. Eso solo demuestra que es humana.

—¿Dónde estamos?

—En mi clínica.

—¿He chocado delante de su clínica? Ese sí que es un buen plan —sonrió débilmente.

—¿Le había pasado antes? —preguntó Noah—. Me refiero al desmayo.

—No, jamás.

—Antes de desmayarse, ¿recuerda si le ha dolido el pecho, la cabeza, o si tenía problemas para respirar?

—No, estaba bien a su lado. Me encontraba perfectamente hasta que...

Noah se quitó la parca. Se acordó entonces de que tenía la bata de veterinario manchada tras haber atendido el parto. Se volvió rápidamente para que no pudiera verle, tiró la ropa sucia a un cubo y agarró una bata limpia del laboratorio.

Su paciente estaba extremadamente callada. Se volvió y la descubrió mirando fijamente su torso desnudo. Su boca, una boca perfecta incluso para una mujer desquiciada, formaba una perfecta «o» de sorpresa. Continuaba pálida, probablemente todavía había algún riesgo de que se desmayara. Y a pesar de lo mucho que pudiera Noah desearlo, no era por su físico. Algo la había asustado, y esperaba no ser él.

—Solo necesito ponerme ropa limpia —le dijo Noah.

La mujer miró entonces a su alrededor. Noah sintió que su confianza en él comenzaba a abandonarla. En la Facultad de Veterinaria no le enseñaban a nadie que no tenía que quitarse la camisa delante de un paciente, porque, como regla general, al paciente era lo último que le importaba.

—Lo siento —musitó. Se colgó rápidamente un estetoscopio al cuello, esperando que aquel gesto pudiera tranquilizarla—. Le prometo que solo quiero ayudarla.

—Y yo se lo agradezco —respondió ella, agarrándose a la camilla—. No voy a dejarme llevar por el pánico. Eso no es... no es propio de mí. Y todo esto me recuerda demasiado a *Rocky Horror Picture Show*.

Noah recordó inmediatamente la imagen de Susan Sarandon en bragas y sujetador.

Ojalá, pensó.

Bajó la camilla con un pedal.